

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

Confianza en la Ciencia. *Por José Lois Estévez*

Unas pocas personas y algunos libros ejercen influencia decisiva sobre nuestro modo de pensar y aún de ser. Un ejemplo bien conocido lo tenemos en San Agustín, a quien el Hortensio de Cicerón, esa obra cumbre, por desgracia perdida, le causó tal conmoción espiritual que lo cambió por completo. El caso no es único. Con sus 'Vidas paralelas' Plutarco despertó el instinto imitativo de sus lectores hasta dejar huellas perceptibles en la historia humana. Si con sinceridad examina cada uno su propia vida, reconocerá que es el resultado de concurrentes influencias de personas, libros y experiencias propias. Son factores educativos operantes. Si, al llegara cierta edad, reflexionamos sobre lo que habríamos podido ser introduciendo algunas mudanzas en nuestro pasado, suprimiendo los que consideramos ya efectos nocivos y dando entrada antes y por más tiempo a los influjos que nos han resultado más beneficiosos, seguramente que nuestra presencia en el mundo hubiera sido más fecunda para la familia y la sociedad. ¿Qué significa esto? Que cuanto más pronto descubra el hombre lo que lo eleva o lo rebaja habrá dado el impulso concluyente en su autoeducación, el que lo proyecta hacia sus máximas aspiraciones.

La educación auténtica tiende a esto: a que se desplieguen, sino todas las potencias humanas, que sería imposible, sí, en cambio, lo mejor que porta consigo cada cual. No persigue otro fin. En la escuela, por ejemplo, se nos enseña a leer ya escribir. Dos medios muy importantes. Pero sólo medios. Leyendo podemos recibir influencias formativas; escribiendo, cooperar con los demás y contribuir a ciencias y artes. Pero si sabiendo leer no leemos o sabiendo escribir no escribimos, el aprendizaje escolar habrá sido un tiempo perdido. Y así con todo. Muchos políticos, ignorando este hecho, enfatizan hasta el exceso la "alfabetización". Cuando ya no hay analfabetos creen haber conseguido una meta. No; si la gente no lee, ese saber sufre anquilosis.

Cuando se enseña a manejar herramientas, ese saber redundará en bien para quien tiene que utilizarlas. Saber leer es, sí, muy importante; pero no lo más importante. Lo más importante es poner a cada uno en condiciones de aportar algo necesario a la sociedad, pues, así, la sociedad prospera y él tendrá garantizada una supervivencia digna. Entendido esto, estará ya clarísima una cosa: Que ni la educación ni la enseñanza pueden ser iguales para todos. Dada la división del trabajo y la especialización profesional, el acierto educativo tiene que consistir en una equiparable diversificación coordinada de saberes, que eliminará esa lacra social que se llama desempleo.

Llegamos así a comprenderlo que los clásicos denominaron factores esenciales de la educación: dotes naturales, aprendizaje y hábitos adquiridos. Las dotes naturales son las cualidades que recibimos al nacer; el aprendizaje, las aptitudes desarrolladas al ejercitar nuestras potencias intelectuales y los hábitos, las adquisiciones debidas a la práctica.

Como es visible en las obras clásicas, la educación no podía prescindir de las circunstancias del nacimiento. Dicho de otro modo: ¿Se tenía, o no, familia y cómo era ésta? Pues nadie negaba entonces que la respuesta a tales preguntas no resultaba indiferente para la educación. Uno no podía elegir su propia familia, le venía dada. Pero los padres sí podían y en consecuencia debían hacerlo por el bien de sus hijos. Hoy, confundiendo consecuencias con premisas, se igualan

ambas cosas, aunque la lógica las distingue. ¿Es esto bueno o malo, mejoro peor, verdadero o falso? que elegir, porque no da lo mismo socialmente acertar o equivocarse. Más aún. Como todos los errores, su número, vale decir, el crecimiento estadístico, acarrea sobre la sociedad efectos similares a los de una epidemia. Porque si los errores individuales en direcciones o signos diferentes pueden compensarse, el error colectivo refuerza, crece exponencialmente y se hace incontenible. Por eso, del mismo modo que la sociedad se defiende de las epidemias y de las catástrofes naturales previniéndolas, ha de proceder igualmente respecto a cualquier error social que tienda a ser masivo. Preverlo es el cometido de la Política científica del Derecho. Un cometido que no pueden cumplirlos actuales par lamentos heterocráticos –voluntaristas, donde la Ciencia no se la deja entrar y el Derecho público se establece por votaciones instintivas. El filósofo Kant enunció la regla sabia que debe presidir las limitaciones de la libertad desde el Derecho: Hay que restringir aquellas conductas que no pueden generalizarse sin riesgo para la supervivencia humana. Evidenciémoslo con ejemplos. Ese genio que fue Platón quiso investigar a fondo en qué podía consistir la Justicia. Con buen discurso se dijo que si trataba de averiguarlo a escala individual se encontraría con que la serie de inducciones, precisas para establecerlo, no serían observables. Habría que examinar el problema en macro escala para atisbar una solución. Ideó con ese propósito una ‘polis’ utópica, impersonal, de la que quería desterrar todo egoísmo. ¿Sería posible? El mismo no quedó convencido de su viabilidad, como lo demuestra el hecho de que volviera varias veces sobre el tema con nuevos proyectos. Pero la conclusión la extrajo su gran discípulo Aristóteles, que entendió muy bien el papel que cumple un egoísmo mesurado. Dijo de la primera República de Platón: “Cuando la comunidad se exagera, tanto en la familia como en la polis, se suscita un espíritu de rebelión destructor, que acaba con ellas. Mientras existan, su situación es crítica, porque estarán siempre en vísperas de no existir”. Estas palabras admonitivas de Aristóteles resultaron proféticas. El Estado comunista ruso, sin ser tan exigente como el platónico, de la noche a la mañana, se desplomó, al igual que el muro de Berlín. Sus imitadores son la refutación práctica que esgrimían ellos en su favor.

Veamos otro ejemplo aún más simple. En un parque público municipal hay un jardín delicioso. Un transeúnte osado atraviesa uno de sus macizos y corta para él unas cuantas flores. Un guardia le sale al paso. “¡Oiga!, ¿qué hace usted?”. “Lo que ve: recojo unas flores”. “¡Eso no se puede hacer!”. “¿Quién lo dice?”. “¡Yo se lo digo!”. “Aquí no hay ninguna prohibición que lo impida”. “No es necesaria: es obvia; pues sólo por ella el parque puede subsistir. Si todos hicieran lo que usted, esto sería un inculto”. El transeúnte no puede ignorar que su conducta es antisocial, ya que no admitela generalización, la imitación por los demás. Si a uno se le tolera, proviligiándolo; el rigor ha de extremarse respecto a los otros. ¿Dónde queda, entonces, la isonomía?

Una verdad tan elemental está al alcance de cualquiera; pero parece sobrepasar la mentalidad de algunos demagogos. En cuanto aparecen de por medio fuertes pasión es humanas, recusan la mente a la verdad y ceden a la presión de las minorías. Como el instinto de conservación se mantiene en los más, no se ve de inmediato el efecto demoledor de las malas leyes o, más propiamente, del error jurídico. El optimismo o el pesimismo antropológicos hacen su aparición. La población del Estado crece o mengua. Si mengua, nos transmite una pésima señal: peligra la supervivencia colectiva.